

Recuerdos de 1918 desde 1955

Sobre “Orlando”, el autor de la crónica del viaje a Huesa del Común

Terminamos escribiendo de **Orlando**, el autor del extenso artículo sobre la “*Visita a la Histórica Villa de Huesa del Común*”, que apareció en el número anterior. Su crónica no fue una colaboración aislada. En el Heraldo de Aragón están publicados artículos suyos de esta índole desde el año 1936 hasta 1968. Una labor de más de treinta años escribiendo crónicas de rutas, anécdotas y lugares aragoneses.

La persona que se escondía tras este seudónimo era el **sacerdote Francisco Izquierdo Trol**, del cual desconozco el lugar de nacimiento, pero que ya vivía en Blesa en el año 1918. De hecho, el viaje que publicó en 1936 estaba basado en sus recuerdos de juventud en los pueblos comarcanos, y sabemos que en 1918 era coadjutor en Blesa, donde comenzó su carrera. Su ahora desvelada vocación explica determinadas expresiones, amistades y acceso a información y fuentes que citaba en sus artículos.

Rescatamos de otra crónica similar, publicada por él en Heraldo de Aragón el 2 de noviembre de 1955, recuerdos de Huesa que recogió en este año 1918, aunque apenas aporte datos y alguno ya lo mencionara diecinueve años antes:



Huesa del Común –cabecera de la antigua Comunidad- es una villa de auténtica traza y edificación medievales. **El Cid Campeador** la conoció, a las mil maravillas, en sus andanzas por estas tierras turolenses. Sale Huesa a colación en el «**Poema del Mío Cid**». Todavía se conservan restos de su famoso castillo. Y del final de la Baja Edad Media, queda aún el actual edificio de la Casa Consistorial.

Tiene la villa de Huesa una extensa huerta, muy envidiable, y unas ricas aguas que brotan de **la fuente de «la Raja»**. ¡Ya quisieran para sí esta fuente los vecinos de Blesa!

Quiero exhumar dos recuerdos que tengo de la villa de Huesa y que datan del año 1918.

Era la fiesta de **su Patrona Santa Quiteria** (22 de mayo). Estábamos haciendo la función religiosa en su ermita. Huelga decir que en el templo no cabía una persona más. Al canto del Evangelio (la misa era de terno), se me ocurre mirar hacia el muro, que tenía en frente, en donde, con arte muy desastrosa y con muy mala fortuna, un pintor de brocha gorda había representado a su modo, una escena de la Virgen y mártir Santa Quiteria. ¡Cómo sería la figura de ésta, que me precipité, sin reflexión ni consideración algunas en una risa incontenible, producto, inequívocamente, de satánica tentación! Además, mi risa fue comunicativa y quizás escandalosa.

Ese mismo día a la caída del sol, deshacía yo mi camino, dirigiéndome a Blesa, pueblo de mi residencia.

Había llevado, para librarme del sol, una sombrilla –usándola mucho en aquellos tiempos los sacerdotes-, que tenía fuerte tela de color ceniza con franjas negras. Me sorprendió una imponente tormenta de granizos y éstos dieron al traste con mi flamante sombrilla, cuya tela quedó convertida en una criba perfecta. No he vuelto a usar otra.



Pues sí, existe alguna contradicción entre el relato de alguno de los sucesos que narra Orlando y lo que escribió en 1936, pero se le puede perdonar la licencia. Lo que al parecer ya no podremos es ver las pinturas que tanta risa le causaron al joven sacerdote.